

EL CRIOLLISMO UNIVERSAL EN JORGE LUIS BORGES: APUNTES SOBRE LENGUA Y LITERATURA

Santo Gabriel VACCARO*

- **RESUMEN:** Entre 1925 y 1928, Jorge Luis Borges escribe tres libros en ensayos que aúnan temáticas de índole regional con complejas reflexiones de corte universal. Estas últimas, que caracterizarán sus escritos de décadas posteriores, están vinculadas en sus ensayos de juventud, en gran medida, a un particular espacio argentino, el arrabal mitológico de Buenos Aires, y a su personaje borgeano más popular, el valiente compadre de los duelos a cuchillo. Suburbio y sus habitantes, elementos autóctonos de la patria borgeana, lejos de caracterizar temas propios de la Argentina de fines del siglo XIX, entretienen junto a reflexiones universales sobre la lengua española y sobre la literatura y el lenguaje en general, una nueva y particular escritura propia del escritor argentino: el criollismo universal.
- **PALABRAS CLAVE:** Jorge Luis Borges. Criollismo universal. Literatura. Lengua. Buenos Aires.

Para los lectores habituados a la escritura universal de Jorge Luis Borges, los libros de ensayos *Inquisiciones* (1925), *El tamaño de mi esperanza* (1926) y *El idioma de los argentinos* (1928) integran un primer momento de la vida del escritor que, más allá de conformar una década menos conocida de su obra, se detiene en las particularidades de una Buenos Aires de arrabales y suburbios, en los personajes que pueblan ese espacio y en las características lingüísticas de dichos lugares.

Estos años, ignorados o negados por el propio autor, quizás en favor de sus libros más reflexivos, no sólo traen una profunda preocupación por el nuevo contexto urbano y lingüístico de Buenos Aires en las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del XIX, sino que colocan al lector ante una preocupación borgeana más amplia, la búsqueda de la propia identidad en la literatura y la lengua de un país. Es en esa búsqueda o en esa aflicción en donde hace su aparición el criollismo universal borgeano. Es la discusión sobre la argentinidad de la nación la que posibilita pensar un espacio, una lengua y una literatura utilizando una compleja red de elementos que aproximan los rasgos criollos de su país a aquellos

* UFFS – Universidade Federal da Fronteira Sul. Licenciatura em Letras Português-Espanhol. Chapecó – SC – Brasil. 89802-265 – santo.vaccaro@uffs.edu.br

universales que se desprenden de su biblioteca paterna. Es en este sentido que lengua y literatura, ya sea en planos propios o ajenos, vienen juntas a fundirse en una escritura borgeana diferenciada que posibilitan las ponderaciones, por ejemplo, que se leen en ensayos como “Queja de todo criollo”, del libro *Inquisiciones*:

La índole española se nos muestra como vehemencia pura; diríase que al asentarse en la pampa, se desparramó y se perdió. El habla se hizo más arrastrada, la igualdad de horizontes sucesivos chasqueó las ambiciones y el obligatorio rigor de sujetar un mundo montaraz se resarcía en las dulces lentitudes de la payada de contrapunto, del truco dicharachero y del mate. (BORGES, 1994, p. 141).

Hay una lengua universal que se hace propia al asentarse en la Pampa, una estructura que sin dejar de ser la original, se hace diferente en las payadas gauchescas. No importa que algunos profesen la decadencia de un idioma que se pierde, lo que importa es que hay una lengua que puede ser enriquecida, que puede ser multiplicada lexicalmente a través de una postura idiomática. Así, en “El idioma infinito”, ensayo de *El tamaño de mi esperanza*, se pueden observar las siguientes ideas:

DOS CONDUCTAS DE IDIOMA (igualmente tilingas e inhábiles) se dan en esta tierra: una, la de los haraganes galicistas que a la rutina castellana quieren anteponer otra rutina y que solicitan para ello una libertad que apenas ejercen; otra, la de los casticistas, que creen en la Academia como quien cree en la Santa Federación y a cuyo juicio ya es perfecto el lenguaje. (Esto es, ya todo está pensado y ojalá fuera así.) [...] Ese entrevero no me importa: oigo el *ocuparse de algo* en boca de todos, leo en la gramática que ello equivale a *desconocer la exquisita filosofía y, el genio e índole del castellano* y me parece una zonzera el asunto. Lo grandioso es amillonar el idioma, es instigar una política del idioma. (BORGES, 1993, p. 39).

Y en esta postura borgeana se exhibe de cierta forma el tamaño de su esperanza en una lengua que se reproduce y prolifera, que se reinventa y se redescubre y que está siempre latente y próxima. Y es justamente en este sentido que se afirma en “*El idioma de los argentinos*”, escrito esencialmente lingüístico que se encuentra en el libro que lleva el mismo nombre del ensayo borgeano, que:

Dos conductas de idioma veo en los idiomas de aquí: una, la de los saineteros que escriben un lenguaje que ninguno habla y que si a veces gusta, es por sus aire exagerativo y caricatural, por lo forastero que suena; otra, la de los cultos, que mueren de la muerte prestada del español. Ambos divergen del idioma corriente: los unos remedan la dicción de la fechoría; los otros, la del

memorioso y problemático español de los diccionarios. Equidistante de sus copias, el no escrito idioma argentino sigue diciéndonos, el de nuestra pasión, el de nuestra casa, el de la confianza, el de la conversada amistad. (BORGES, 2002, p. 152-153).

La identidad nacional y los trazos lingüísticos que la conforman configuran un tema polémico ya desde las décadas anteriores al regreso de Borges a Argentina, en 1921. La capital argentina, no solamente cuenta con un número elevado de extranjeros, sino que atraviesa por un proceso modernizador que modifica su esencia y que reclama que la antigua Buenos Aires sea repensada para elaborar, dentro de su profunda heterogeneidad, un concepto tranquilizador de argentinidad que permita la pacífica convivencia de la moderna metrópolis con la tradición de sus barrios.

Y en ese sentido es que la escritura de Borges se destaca en el ámbito literario porteño. Una escritura que se apoya en un pasado no tan lejano, el de las historias barriales escuchadas en la infancia, en un espacio mítico, el arrabal, y en una figura desempolvada en la sociedad argentina, el compadre, que le da un corte nacional y una singular forma de literatura de lo propio. Por otro lado, una escritura de alcance universal, común a casi todas las literaturas que, a partir de su Buenos Aires mítica y su personaje porteño legendario, une lo local con lo universal en temáticas como el culto al coraje, la muerte, el azar o la idiosincrasia de toda periferia o suburbio citadino.

En esta intersección que cruza lo propio con lo ajeno, Borges consigue crear su ciudad literaria, anacrónica y mítica que se coloca de frente a la extraña, moderna y actual Buenos Aires Babel¹ de otros escritores de corte e inspiración internacional y también de espacios pretéritos de libros de pronunciada tendencia a la descripción y alabanza de la pampa criolla y la vida gauchesca. En Borges, el ciudadano y el gaucho, de cierta forma, se aúnan en el compadre. Este personaje que llega al centro y que también transita por los campos pampeanos, colocándose en esa zona indefinida que constituyen los márgenes de la gran metrópolis y los confines de la extensa llanura.

Y quizás unos de los escritos en donde se observe con más claridad este criollismo universal borgeano sea el ensayo “El tamaño de mi esperanza”. En este, la pregunta histórica literaria que apunta a lo que han hecho los argentinos y que

¹ Molloy (2000), en su ensayo “Jorge Luis Borges, confabulador (1899-1986)”, recuerda que la insolencia y la búsqueda de la novedad de Borges le permiten ser un innovador, característica que le posibilita recuperar, no las realidades de un pasado, sino los relatos del mismo. En este sentido, Molloy (2000, p. 210) afirma sobre Borges que: “Recordar y leer (más que inventar y escribir) fueron sus primeros gestos: recordar un Buenos Aires desaparecido que le habían contado sus mayores – los escritores del Ochenta, Carriego, su madre – y con ese relato fragmentario, desparramado por la memoria como por las orillas de la ciudad, armar un Buenos Aires anacrónico [...] para reemplazar al otro, el que se mira y no se reconoce.”

se dirige especialmente a los criollos, a los “[...] hombres que en esta tierra se sienten vivir y morir, [y] no a los que creen que el sol y la luna están en Europa [...]” (BORGES, 1993, p. 11), nos sitúa en las raíces de un pueblo argentino con nuevas características. Los criollos borgeanos, esos que no son exclusivamente patrios, ni privativamente foráneos. Lo interno y lo externo no prevalecen en el sujeto aludido. Es así que se entiende como un vocablo, criollo, puede vincularse a quien no tiene a España como referencia, pues en una de las acepciones originales de la palabra mencionada ser descendiente de europeo y haber nacido en América era precisamente ser criollo.

El criollo de Borges ocupa el acá, es una figura urbana y es esa misma urbanidad la que en su extremo lo une al campo, sin identificarlo completamente ni con la ciudad, ni con la pampa. Pero el personaje de “El tamaño de mi esperanza” se desplaza del acá para ir a un más allá que lo hace universal, que hace que un hombre sea todos los hombres y que un valiente sea todos los valientes. Ese personaje, tan argentino y tan universal, ocupa otro espacio tan ambivalente como su ocupante en la estética borgeana de los márgenes. Estética que, según Sarlo (1995), posibilita a Borges la invención de imágenes de una Buenos Aires en proceso de desaparición; la realización de una lectura del pasado rural del país; el recorrer el siglo XIX y la ciudad *criolla* con sus barrios; y la construcción de un paisaje que la modernidad agresiva, en principio, no puede alcanzar:

Borges construye un paisaje intocado por la modernidad más agresiva, donde todavía quedan vestigios del campo, y lo busca en los barrios donde descubrirlo es una operación guiada por el azar y la deliberada renuncia a los espacios donde la ciudad moderna ya había implantado sus hitos. (SARLO, 1995, p. 36).

Esos barrios perdidos, esos espacios inventados, esa relectura de los tiempos pretéritos, tendrán en el arrabal borgeano trazos muy característicos que se vinculan a calles sin luz, a casas precarias y paredones de ladrillos, a caminos de barro y almacenes en las esquinas. Es a partir de ese espacio y de los personajes que lo habitan de donde parte Borges para universalizar su escritura. En “El tamaño de mi esperanza” se puede leer que la pampa y el gaucho carecen de carácter universal, pero que se puede encontrar todavía, en las letras argentinas, un nuevo espacio y un nuevo personaje que puedan “pactar con el universo”.

En el ensayo borgeano, se lee que: “No hay leyendas en esta tierra y ni un solo fantasma camina por nuestras calles.” (BORGES, 1993, p. 13). Desestimándose así la importancia radical que la literatura argentina depositó en el gaucho Martín Fierro como sinónimo de argentinidad y de cualquier otro intento que quiera ver en un extranjero, un gringo, un migrante interno, un indio, un ciudadano del interior, un caudillo, etc., el prototipo de nacionalidad que una patria tan heterodoxa e irrepresentable por sectores minoritarios no permitiría.

Quizá con tono irónico o de burla, por la imposibilidad de representar un país en un personaje, quizá como un juego, exhibiendo lo absurdo de tales construcciones nacionalistas, Borges propone un personaje y un espacio que desde lo autóctono converse con el universo. Es así que el margen y el compadrito, además de creaciones literarias, son una muestra más de un tema preocupante en los intelectuales de principios del siglo XIX, la falta de identidad. La mirada argentina colocada en Europa, la inmigración constante, la falta de diálogo entre el campo y la ciudad, las dudas lingüísticas que plantea un idioma español que va sufriendo alteraciones, son elementos que posibilitan a Borges también elaborar una estrategia literaria que proponga la aparición de algo singularmente patrio.

Borges propone pensar en lo nuestro sin que la mirada hacia el exterior sea un inconveniente, sin que sea impedida la dualidad entre lo local y lo universal. Ahí descansa el criollismo tan especial del escritor argentino. Criollismo que se observa en la valentía y en los códigos de honor de personajes pretéritos de las orillas de la gran ciudad, pero que también es parte del Buenos Aires que vendrá, de la ciudad futura que tiene su grandeza en el mañana, en la argentinidad que descansará en las páginas de la historia y de la literatura aún no construida.

En este juego borgeano, en este proyecto universalizador de lo propio en el que no bastan el progreso europeizante o el criollismo vinculado a la gauchesca, se hacen necesarios nuevos mitos y leyendas que den a Buenos Aires su aspecto universal, su punto de aproximación entre los términos local y cosmopolita. Es en este sentido que Borges (1993, p. 14) refiere que:

No quiero ni progresismo ni criollismo en la acepción corriente de esas palabras. El primero es un sometemos a ser casi norteamericanos o casi europeos, un tesonero ser casi otros; el segundo, que antes fue palabra de acción [...] hoy es palabra de nostalgia [...]. No cabe gran fervor en ninguno de ellos y lo siento por el criollismo. Es verdá [sic] que de enancharle la significación la esa voz -hoy suele equivaler a un mero gauchismo sería tal vez la más ajustada la mi empresa. Criollismo, pues, pero un criollismo que sea conversador del mundo y del yo, de Dios y de la muerte.

En “El tamaño de mi esperanza”, crear, crítica o irónicamente, una ciudad fundiendo lo moderno y lo simple de los barrios y personajes comunes del pasado suburbano (con el objetivo de convertirlos en universales en una leyenda criolla y en un espacio mitológico) parece también exhibir una suerte de sentimiento borgeano de nacionalidad pero que lejos está de encontrar una solución al intrincado problema de la identidad de un pueblo. No es en un valiente diestro en el manejo del cuchillo o en la danza del tango que se pueda colocar la identidad de una nación. Lo que sí se puede afirmar es que, lejos de la ironía borgeana en ese tipo de generalizaciones de identidad, lo que propone el escritor argentino es un programa literario con

espacios y personajes que, en esas décadas, configuraban un fuerte interés artístico que iba más allá de sentimientos nacionales o cosmopolitas. En este mismo sentido, Alazraki (1983, p. 132) recuerda que:

[...] convendría aclarar que el argentinismo de Borges no reside precisamente en la idealización del cuchillero. En este sentido se ha confundido el interés que artísticamente tiene el compadrito como portador de una virtud históricamente cara a los argentinos y su valor como ideal humano y nacional.

Para Alazraki (1983), el compadre borgeano remite a un estereotipo que carga un valor o un coraje que socialmente es muy estimado para crear una imagen de fortaleza en la ciudad, idea que ya existía en el campo, en la figura prototípica del gaucho, pero esa remisión no debe hacer perder el interés estético que esa valentía alimenta en Borges. La figura del criollo del arrabal detenta un llamativo costado artístico que Borges no desprecia al momento de interconectar el margen de la moderna urbe, pero aún periférica en el campo de las letras, con el resto de la tradición de la literatura occidental. En Borges, el interés por el arrabal y sus personajes y por la relación de este espacio y sus ocupantes con la universalidad y el cosmopolitismo, permiten la construcción de una obra que, en sus primeros pasos, va más allá de la construcción de identidades o nacionalidades que, de cierta forma, también pueden observarse en sus ensayos.

En Borges, la predilección por la estética del arrabal y el interés por sus singulares características, además de abordar trazos muy estimados por el pueblo argentino, como el valor o los códigos de honor, aproxima a sus textos otro universo que es la contracara de ese debate tan nacional, la relación de lo propio con el universo.

Es en este sentido que Sarlo (1995, p. 119) percibe en los textos del escritor una suerte de paradoja que se constituye por lo local y por lo universal, por el centro y por la periferia. Elementos que, lejos de resultar polos contradictorios, constituyen una especie de tensión productiva en los mismos límites que los separan, en la delgada línea que diferencia lo nacional de lo cosmopolita en la escritura del argentino.

Y quizá una de las causas que permite esa fusión paradójica de lo propio y lo ajeno, de lo delimitado y lo ilimitado, sea, además de la experiencia que la historia de la familia Borges vivió en varios países del viejo continente, la variedad y diversidad de libros que componían la biblioteca del padre del escritor argentino. En este sentido, Sarlo (1995) también recuerda que la biblioteca paterna es un factor determinante al momento de aproximar esos extremos considerados opuestos².

² También sobre las bibliotecas y su importancia en la consecución de una literatura local y universal, Sarlo (1995, p. 121) llama la atención sobre el hecho de que una biblioteca es un espacio de jerarquías que se forman y reforman, que propician, al ser transitadas del centro hasta el margen, encuentros

Aproximación que permite unir el escenario de la Buenos Aires de la época con el exotismo de todas las literaturas:

En la medida en que Borges es un extranjero a la literatura universal puede entregarse a los placeres de los desvíos y los malentendidos que le proporcionan la lectura de traducciones, la lectura de versiones originales en idiomas extranjeros, los ejercicios de la traducción propia. (SARLO, 1995, p. 119).

Y es el desvío y la persecución de nuevas lecturas y visiones los que permiten un abordaje totalizador del fragmento. Un pedazo de suburbio es visto como el portador de sentimientos universales. Un cuchillo argentino, puede estar ligado al acto de valentía o cobardía de cualquier hombre, del hombre mismo. Así, las historias de la Buenos Aires premoderna, aquellas que Borges escuchaba en su infancia, se abren paso a través de lo local y ganando rasgos universales, crean un espacio original en las letras argentinas. El criollismo, así, ya no se refiere exclusivamente a la literatura rural y diseña un nuevo mapa ciudadano que abarca los suburbios de la propia ciudad. Mapa que, además de proponer una relectura de la literatura gauchesca en sus raíces, propone una relación con la tradición criolla argentina que se posiciona muy próxima de la ciudad.

El criollismo universal borgeano, con sus barrios periféricos y sus calles de barro, dialogan íntimamente con la pampa, pero también con la metrópoli moderna. Y es a partir de allí, de esas literaturas periféricas, que se busca la tradición literaria del occidente y, como dice el joven Borges, “conversar³ con el mundo, con Dios y con la muerte”.

inusitados de escritores y géneros menores que “desorganizan la jerarquía de los ‘mayores’”. Ya sobre la importancia de la biblioteca en la vida de Borges, Pauls (2007, p. 88) explica que: “La primera biblioteca es la del padre [...]. Allí se emplazan y se despliegan todos los sentidos y funciones de una institución que será como el cuartel central de la vida (y la obra) de Borges.” Por su parte, Williamson (2006, p. 63) afirma que “[...] el doctor [Jorge] Borges acordó a su hijo el privilegio del acceso ilimitado a su biblioteca personal de más de mil volúmenes. Esta colección de libros sobre todo ingleses y franceses estaba dispuesta en estanterías con frente de vidrio y guardada en un cuarto propio, y aquí Georgie [Jorge Luis] se convertiría en un lector voraz, deleitándose en la libertad que los libros le otorgaban de aventurarse en tierras lejanas y extrañas: Inglaterra, Escocia, India, África, China, Arabia.”

³ Esa conversación, como recuerda Sarlo (2007, p. 157), puede ser observada claramente en el índice del libro “El tamaño de mi esperanza” donde varios ensayos versan sobre temas locales y universales en forma intercalada: “[...] un artículo del *Ulises* de Joyce seguido por otro donde se discute la posibilidad de inventar nuevas imágenes para Buenos Aires; un artículo sobre Quevedo y otro sobre el poeta gauchesco Ascasubi; una reflexión sobre Berkeley a la que le siguen notas sobre Maples Arce, Omar Jayyan y la poesía gauchesca.” En este mismo sentido, la crítica argentina agrega sobre el joven Borges y sobre sus trabajos posteriores que: “La mezcla indica no sólo un lector original, sino también un explorador audaz del espacio literario que, por convención, llamamos literatura occidental y versiones occidentales de oriente. [...] Inventa un repertorio de autores y arma

Y estos diversos diálogos con la pampa, la ciudad y el mundo, estos diferentes matices que apuntan a lo propio y a lo ajeno, son los que permiten que el criollismo universal borgeano pueda ser abordado desde varias perspectivas. Así, puede hablarse de una tentativa de aproximación de una literatura regional, diferente de la gauchesca, con las literaturas occidentales, basado en una relación intertextual entre la producción escrita de autores argentinos con autores europeos; de un tratamiento textual especial, en su escritura regional, de cuestiones de índole común a todos los hombres que convierten sus temáticas literarias en locales/universales; de la creación de un estilo nuevo de escritura que intenta, a partir de lo local, diferenciarse del gauchismo y convertirse en universal partiendo de un espacio especial, que se mueve y descansa en los márgenes de la Buenos Aires premoderna.

Y entre estas diversas formas de entender el criollismo universal de Borges, aparece una característica que permea, de cierta forma, a cada una de ellas. En los primeros textos del escritor argentino y durante las décadas posteriores, se encuentra una permanente preocupación con la problemática del lenguaje y con la idea de una posible lengua de los argentinos o, como para decirlo con más propiedad borgeana, con una lengua de verdadera entonación y temperatura argentina.

En lo que hace a la relación local/universal en la escritura borgeana, la forma de la lengua nacional es una de las preocupaciones de sus reflexiones literarias y lingüísticas. Además de los ensayos que abordan los límites y posibilidades de todo lenguaje, en Borges puede estudiarse cómo el autor argentino utiliza el español al momento de escribir sus textos y cómo estos se analizan lingüísticamente.

Tanto a fines del siglo XIX como en las primeras décadas del siglo siguiente en la Argentina, la lengua es un problema íntimamente ligado a la identidad. Las grandes masas inmigratorias y las modificaciones que sufre el idioma nacional conllevar a una reflexión de diversos sectores del país sobre las formas de protección de una lengua propia en evidente y preocupante transformación⁴.

Sobre esta problemática en el ámbito político y social, Franco (1993, p. 179), recordando las exigencias nacionales de carácter lingüístico que sufre Buenos Aires en el comienzo del siglo XX, afirma que uno de los hechos que postula la preocupación de mantener la tradición nacional de la lengua es la fundación de la *Academia Argentina de la Lengua* en el año de 1910. Preocupación que no escapa

una biblioteca a partir de la que establecerá las conexiones más originales. Su criollismo es un capítulo del internacionalismo estético: desde esa inflexión menor del español rioplatense, que ha consolidado en sus primeros libros, leerá, traducirá, y reescribirá las tradiciones literarias extranjeras.” (SARLO, 2007, p. 157-158).

⁴ Sobre esta particular preocupación y en el ámbito literario, Franco (1993, p. 181) recuerda que existen dos visiones, la de los escritores defensores de la lengua nacional que postulan un “español literario” sin modificaciones lingüísticas resultantes del contacto con el idioma de los inmigrantes y la que considera que en la literatura deben aparecer las temáticas referentes a las lenguas vivas de Buenos Aires sin ningún tipo de discriminación.

a las reflexiones del joven Borges y que se puede observar en los textos iniciales del escritor, en los primeros años en la Argentina después de su retorno de Europa.

Y en ese recelo, la lengua configura un aspecto singular de su criollismo universal. Construir ese criollismo borgeano, es de alguna manera, construir una lengua que lo escriba, lo refiera y lo inmortalice como mito argentino. Es la lengua la que edifica esos espacios y esos personajes que, también mirados desde lo universal de sus características, se transformarían en los compadres legendarios y en los arrabales de típico corte borgeano. Es quizá en este sentido que Sarlo (2007, p. 149) entiende que, en los años veinte de la escritura borgeana, el autor argentino tiene como objetivo “[...] construir una lengua literaria para Buenos Aires y darle, al mismo tiempo, una dimensión mítica a la ciudad.”

La escritura de Borges de los años veinte propone un diálogo entre el lenguaje regional, propio del país, y el universal, del español de la madre patria, marcado por elementos de claro carácter ideológico. Es en este sentido que se entiende la preocupación borgeana por aproximar la oralidad a la escritura y el énfasis de sus ensayos en la temática vinculada al carácter transformacional de las lenguas en la historia de los países.

La escritura de Borges, en parte, denota su costado ideológico al situarse cerca en una lengua preinmigratoria que no es entendida como problemática, pues las preocupaciones sobre la misma derivan de la diversidad lingüística posterior a la inmigración. Pero también debe señalarse que en la letra literaria borgeana, el cambio lingüístico sitúa al idioma de los argentinos en tiempos en que la relación entre la lengua y la nación no eran materia de reflexión, pero también en un tiempo por llegar en que la potencial lengua futura tiene un claro corte propio y nacional.

Los movimientos de Borges en este sentido son ideológicos, pero también cronológicos. Borges ve una lengua más criolla en el pasado, en el período preinmigratorio y también en el futuro, en el que los escritores argentinos encontrarán el tono y el clima del idioma nacional, en el que se enriquecerá la lengua de la madre patria con las palabras que inmortalizarán los escritos propiamente nacionales:

Un puñadito de gramatiquerías claro está no basta para engendrar vocablos que alcancen vida de inmortalidad en las mentes. Lo que persigo es despertar a cada escritor la conciencia de que es gloria y deber suyo (nuestro y de todos) el multiplicarlo y variarlo. Toda consciente generación literaria lo ha entendido así. (BORGES, 1993, p. 43).

Multiplicar y variar el idioma, más allá de un pedido de corte ideológico que exhibe una idea político-lingüística, es el objetivo que no sólo Borges coloca en los escritores de la patria, sino que el mismo se propone para alcanzar una lengua más acorde a la tradición nacional idiomática en la Argentina. En ese objetivo descansa la esperanza borgeana de que el idioma del país se entienda con sus barrios y sus

ciudades, con la intimidad de un pueblo y el sentir de sus escritores. Es en ese sentido que se puede entender el anhelo de Borges cuando dice lo siguiente:

[...] nosotros quisiéramos un español dócil y venturoso, que se llevara bien con la apasionada condición de nuestros ponientes y con la infinitud de dulzura de nuestros barrios y con el poderío de nuestros veranos y nuestras lluvias y con nuestra pública fe. Sustancia de las cosas que se esperan, demostración de cosas no vistas, definió San Pablo la fe. Recuerdo que nos viene del porvenir, traduciría yo. La esperanza es amiga nuestra y esa plena entonación argentina del castellano es una de las confirmaciones de que nos habla. Escriba cada uno su intimidad y ya la tendremos. Digan el pecho y la imaginación lo que en ellos hay, que no otra astucia filológica se precisa. (BORGES, 1993, p. 160-161).

El futuro y la esperanza descansan en un singular idioma que no es la resistida lengua pétrea impuesta e inmodificable, sino una lengua muy próxima a los tradicionales criollos de antaño o a los criollos que depara el futuro, ambos representantes del sentir nacional. Criollos, que sienten y mueren en el suelo patrio y que no tienen su mirada perdida en el viejo continente.

Y partiendo de esos criollos de tiempos pretéritos y de un espacio esquivo a la moderna ciudad, el idioma de los argentinos se proyecta como una esperanza, como algo que todavía está por ser escrito, pero que, como dice Borges, “[...] el de nuestra pasión, el de nuestra casa, el de la confianza, el de la conversada amistad [...]” (2002, p. 155), el idioma “[...] del tiempo anchísimo que nunca planearon los relojes y que midieron despacio los mates.” (BORGES, 1993, p. 34).

Esos son los anhelos borgeanos que esperan palabras con temperatura de barrio, con ambiente de suburbio, que serán parte del devenir, pero que fueron parte de historias escuchadas en su infancia, relatos de una argentina criolla en que se hablaba y se escribía en una lengua que conversaba con la realidad criolla, que demostraba la nobleza y el orgullo de decir lo propio. Lengua que Borges (2002, p. 155) identifica en el decir y la pluma de los grandes escritores de generaciones pasadas:

Mejor lo hicieron nuestros mayores. El tono de su escritura fue el de su voz; su boca no fue la contradicción de su mano. Fueron argentinos con dignidad: su decirse criollos no fue una arrogancia orillera ni un mal humor. Escribieron el dialecto usual de sus días: ni recaer en españoles ni degenerar en malevos fue su apetencia. Pienso en Esteban Echeverría, en Domingo Faustino Sarmiento, en Vicente Fidel López, en Lucio V. Mansilla, en Eduardo Wilde. Dijeron bien en argentino: cosa en desuso.

Con estas ideas, con un respeto singular por aquellos escritores de renombre que lo sucedieron en la historia de la literatura, Borges se posiciona dentro de las letras argentinas retomando aquella voz y aquella escritura y apoyándose en el discurso criollo recupera e construye una Buenos Aires de índole mitológica. La ciudad está en Borges con su oralidad, pero también con la lengua con sus suburbios, con la criolledad de los que dijeron y que dirán bien en argentino.

Es en este sentido que Franco (1993, p. 195), al recordar la política idiomática del joven Borges, afirma que, en los escritos de 1920, la oralidad, el urbanismo y el criollismo son características esenciales de la escritura borgeana. Y se podría agregar a las palabras del crítico mexicano que, esas tres características quizás sean una, pues cuando se dice criollismo borgeano, no hay como no entender tal característica separada de su urbanismo y su oralidad.

Habla la ciudad de antaño y habla su suburbio en cada duelo de cuchillo y en cada milonga nocturna de sábado, en cada tango de los antiguos y también, como bien lo afirma Borges (1994, p. 140) en “Queja de todo criollo”, en cada silencio de esa oralidad criolla:

El criollo, a mi entender, es burlón, suspicaz, desengañado de antemano de todo y tan mal sufridor de la grandiosidad verbal que en poquísimos la perdona y en ninguno la ensalza. El silencio arrimado al fatalismo tiene eficaz encarnación en los dos caudillos mayores que abrazaron el alma de Buenos Aires: en Rosas e Irigoyen. Don Juan Manuel, pese a sus fechorías e inútil sangre derramada, fue queridísimo del pueblo. Irigoyen, pese a las mojígangas oficiales, nos está siempre gobernando. La significación que el pueblo apreció en Rosas, entendió en Roca y admira en Irigoyen, es el escarnio de la teatralidad, o el ejercerla con sentido burlesco. En pueblos con mayor avidez en el vivir, los caudillos famosos se muestran botarates y gesteros, mientras aquí son taciturnos y casi desganados. Les restaría fama provechosa el impudor verbal.

En esta “Queja de todo criollo”, la oralidad es parte esencial de la criolledad hasta en su misma escases de palabras. La ciudad y esos márgenes de antaño se explican, también, por su decir. Para el criollo, la “palabrería” sería casi una indecencia.

Los escritores de un pasado no tan lejano, sus dichos y silencios, la coherencia entre la escritura y su voz, todo es parte de un programa literario borgeano que pretende localizar, en los barrios periféricos de la gran ciudad, y en décadas anteriores, esa lengua que no es la de un presente de incertidumbre lingüística. Borges también, de alguna forma, se interroga sobre ese idioma de los argentinos que tanto preocupa a escritores e intelectuales de la época.

La ciudad y su arrabal son los orígenes de una nueva forma de ver las letras de su país y que, ya empezada con el escritor amigo de su padre, Evaristo Carriego, en

sus *Misas Herejes* (1908), Borges retoma e inmortaliza a los ojos de la criolledad argentina.

Lo criollo en lo urbano, los márgenes de una gran ciudad lejana a la metrópoli de principios de 1900, los barrios que se sienten en el pecho, todo es parte de una escritura que alcanza lo propio y se proyecta hacia la reflexión mitológica y universal. En “Sentirse en muerte”, por ejemplo, la figura del barrio se une a ese singular criollismo borgeano que descansa en las orillas y márgenes de la gran metrópoli argentina:

Realicé en la mala medida de lo posible, eso que llaman caminar al azar; acepté, sin otro consciente prejuicio que el de soslayar las avenidas o calles anchas, las más oscuras intimaciones de la casualidad. Con todo, una suerte de gravitación familiar me alejó hacia unos barrios, de cuyo nombre quiero siempre acordarme y que dictan reverencia en mi pecho. No quiero significar así el barrio mío, el preciso ámbito de la infancia, sino sus todavía misteriosas inmediaciones: confin que he poseído entero en palabras y poco en realidad, vecino y mitológico a un tiempo. El revés de lo conocido, su espalda, son para mí las calles penúltimas, casi tan efectivamente ignoradas como el soterrado cimiento de nuestra casa o nuestro invisible esqueleto. (BORGES, 2002, p. 130).

El misterio de las inmediaciones, lo desconocido del suburbio es un punto fuerte de su criollismo al modelar su Buenos Aires mitológica, su ciudad que tiene muy poco de vertical y mucho de continuación de las planicies que la circundan. Como si la pampa se desparramara sobre la misma urbe moderna y le quitara su carácter de ciudad izada:

A despecho de la humillación transitoria que logran infligirnos algunos edificios, la visión total de Buenos Aires nada tiene de hiniesta. No es Buenos Aires una ciudad izada y ascendente que inquieta la divina limpidez con éxtasis de asiduas torres o con chusma brumosa de chimeneas atareadas. Es más bien un trasunto de la planicie que la ciñe, cuya derecha rendida tiene continuación en la rectitud de calles y de casas. (BORGES, 1994, p. 88).

Ahí está el espacio borgeano creado para fortalecer sus orillas, ese es el escritor en la orillas y de las orillas. Es la pampa entrando en la ciudad, en las rectas y planas calles del suburbio la que define, entre otras cosas, lo criollo del país. Cosas como casas bajas que asemejan a pájaros de alas cortadas, o calles dulces como recuerdos o largas como la espera. Esas son las figuras que Borges utiliza para inmortalizar sus espacio, su lugar mítico y conmovedor que adentra en el alma de los criollos, pero que apela al recuerdo, a las esperas o a la esperanza de todos los hombres:

Casas de Buenos Aires con azoteas de baldosas o de cinc, desprovistas de torres excepcionales y de briosos aleros, comparables a pájaros mansos con las alas cortadas. Calles de Buenos Aires profundizadas por el transitorio organillo que es la vehemente publicidad de las almas, calles deleitables y dulces en la gustación del recuerdo, largas como la espera, calles donde camina la esperanza que es la memoria de lo que vendrá, calles enclavadas y firmes tan para siempre en mi querer. Calles que silenciosamente se avienen con la noble tristeza de ser criollo. Calles y casas de la patria. Ojalá que en su ancha intimidad vivan mis días venideros. (BORGES, 1994, p. 91).

La ciudad pretérita, el espacio marginal, la orilla mitológica son, de alguna forma, las bases en donde descansa una Buenos Aires criolla que Borges utiliza para depositar un idioma, una lengua que además de propia es universal y conversadora con el mundo. Un idioma de los argentinos que se apoya en una oralidad/escritura eminentemente regional⁵, pero que también se refiere a lo foráneo, al otro, a lo extranjero. Así, ese criollismo de casas bajas, de calles tranquilas y de conversaciones de vecinos viejos, tiene su correlato lingüístico en una escritura próxima a la oralidad, pero que deja de ser exclusivamente regional por el corte universalista que se les da a los temas que abarca.

Los caminos de barro, las palabras del arrabal, los cuchillos de los valientes, los tangos y las milongas son elementos propios que se mezclan con aquellos que descansan en todos los hombres. Hombres, que sin recalar en nacionalidades o sentimientos de pertenencia, aprecian el culto al coraje o la valentía, la profundidad de los sentimientos, el amor por la tierra, el singular sabor de las palabras y la temperatura o el clima de la lengua de sus pagos.

Así, lo propio y lo ajeno, el barrio y el universo, el idioma y el lenguaje constituyen relaciones singulares en los ensayos borgeanos de sus libros de 1920. En *Inquisiciones*, en *El tamaño de mi esperanza* y en *El idioma de los argentinos*, se encuentran elaboradas reflexiones con un fuerte énfasis regional que se funde con elementos de neto corte universal. Y es justamente en esa amalgama de aspectos locales y cosmopolitas donde Borges desarrolla su programa de escritura en el ámbito literario porteño de 1920 y donde afirma la creación de un espacio marginal,

⁵ En la escritura de 1920, Borges, de cierta forma, recupera y recrea en sus textos la oralidad de un Buenos Aires pretérito que recobra algunos trazos lingüísticos criollos que se perdían entre la variedad idiomática traída por los intensos movimientos inmigratorios. En este sentido, Barrenechea (2000, p. 226-227) recuerda que en los textos del joven Borges se observan algunos fenómenos lingüísticos derivados de la oralidad, como la elisión de la letra *d* final (“soledá” en vez de “soledad”) o de la *d* intervocálica en algunas palabras (“rosao” en vez de “rosado”), o inclusive la utilización de algunos términos del argot o del *lunfardo* (“farra” en vez de “fiesta”). En un mismo entendimiento, Franco (1993, p. 187) afirma que en Borges agrega a la escritura las peculiaridades de las inflexiones fonéticas porteñas. Un ejemplo de tal fenómeno, serían las “[...] grafías especiales que imitan la fonética de alguna palabra (‘güellas’ por ‘huellas’) o la utilización del *voseo* alternado con el *tuteo*.”

la Buenos Aires mítica y arrabalera, y de los pintorescos personajes barriales que la habitan. Es en esa unión de elementos autóctonos y extraños, cercanos y distantes, donde la escritura de Jorge Luis Borges, entrecruzando, atravesando, fundiendo y confundiendo las palabras y la temperatura que las determinan, muestra con todo su esplendor una nueva forma de hacer literatura, la literatura de su criollismo universal.

VACCARO, S. G. The universal *criollismo* in Jorge Luis Borges: appointments about language and literature. **Itinerários**, Araraquara, n. 41, p. 53-67, jul./dez. 2015.

- **ABSTRACT:** *Between 1925 and 1928, Jorge Luis Borges wrote three essay books that combine themes of a regional nature with complex reflections of universal delimitation. These last ones, which characterized his writings in later decades, are linked to their youth essays, largely due to a particular Argentine space, the mythological arrabal (suburb) of Buenos Aires, and his most popular Borgean character, the brave compadre of knife duels. Arrabal and its inhabitants, autochthonous elements of Borges homeland, far from characterizing themes of the Argentina of the late nineteenth century, interwoven with universal reflections on Spanish language and literature and language in general, a new and very particular writing by the Argentine writer: the universal criollismo.*
- **KEYWORDS:** *Jorge Luis Borges. Universal criollismo. Literature. Language. Buenos Aires.*

REFERENCIAS

- ALAZRAKI, J. **La prosa narrativa de Jorge Luis Borges**. 3. ed. ampl. Madrid: Gredos, 1983.
- BARRENECHEA, A. M. **La expresión de la irrealidad en la obra de Borges**. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 2000.
- BORGES, J. L. **El tamaño de mi esperanza**. Buenos Aires: Seix Barral, 1993.
- _____. **Inquisiciones**. Barcelona: Seix Barral, 1994.
- _____. **El idioma de los argentinos**. Buenos Aires: Seix Barral, 2002.
- FRANCO, R. O. **El otro Borges, el primer Borges**. México-Buenos Aires: El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 1993.
- MOLLOY, S. **Las letras de Borges y otros ensayos**. Rosario: Beatriz Viterbo, 2000.

PAULS, A. **El factor Borges**. Buenos Aires: Anagrama, 2007.

SARLO, B. **Borges, un escritor en las orillas**. Buenos Aires: Ariel, 1995.

_____. **Escritos sobre literatura argentina**. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2007.

WILLIAMSON, E. **Borges: una vida**. Buenos Aires: Seix Barral, 2006.

Recebido em 31/10/2014

Aceito para publicação em 12/03/2015



